

do salir el padre o maestro como un tío o en virtud de un momentáneo dolor de cabeza o de estómago, sino "por algo", y nunca "porque sí".

El niño, antes de llegar al uso de razón, más que educarse se va domesticando, haciéndose a los usos de casa; pero a medida que crece va asimilando en un nivel racional los hábitos adquiridos, o rechazándolos si no les encuentra fundamento o utilidad. La diferencia entre un niño y un animal está en que, aun cuando ninguno de los dos tiene uso de razón, el niño llegará, naturalmente, a tenerlo. Es decir, que todas las costumbres y hábitos que asimile, aunque sea por vía de condicionamiento y "domesticación", se enfrentarán algún día con la decisión libre implícita o explícita, de admitirlos o rechazarlos. Los adquiere como animalito, pero las retendrá como persona. Al recapacitar, en la edad en que pueda hacerlo, encontrará la razón de sus padres en mandarles algo o en prohibírsele. Y si en ese momento de reflexión, el padre todavía ejerce la autoridad y gobierno sobre él, sin que se entere, habrá adquirido ascendiente en el pecho y consideración de su hijo, y tal vez, sobre querido, empiece a ser venerado.

Para lograr esto, no siempre hace falta la explicación; basta, generalmente, que la orden tenga un "fundamento real", "objetivo", que los motivos no sean arbitrarios, producto del capricho del que manda, sino norma también de su conducta. Saliendo al paso de algún probable escándalo "pusillorum" recordaré que no es lo mismo pedir un esclarecimiento de su inteligencia que excitar a la voluntad a la rebeldía. Quien razona su mandato

no abdica de su autoridad, sino que hace más racional y humano el ejercicio.

Eso significa que ni podemos mandar todo lo que se nos antoja ni cuando nos parezca; y nos persuade de mandar sólo lo necesario, y no todo desde el primer momento. Los buenos hábitos del niño los quebranta casi siempre el mismo que contribuye a crearlos. Supongamos conseguida del niño la obediencia a la consigna "¡No!" en circunstancias más generales que las del radiador. Pero llega un momento en que el cerco puesto a su actividad libre es tal que, si no lo salta, le convierte en esclavo de la consigna. El ha notado que las consecuencias no son graves en todos los casos. La mamá ha dicho que "¡No!", pero la verdad es que tampoco le ofende mucho esta travesura, puesto que ayer la hizo y ella se ríe... En consecuencia, que la consigna se desvirtúa como los perfumes que a cada momento se destapan.

En cambio, supongamos que se le permite hacer todo lo que es permisible sin quebranto grave. Dentro del margen de libertad más amplio, alguna vez el chico llegará a pasar los límites o a intentarlo, y se encontrará de sorpresa con la consigna sobre sus deseos; pero ni es tanta la merma de sus movimientos, ni tiene motivo para creerla inmotivada, puesto que siempre lo ha sido, ni está gastada, sino que en estas condiciones adquiere fuerza y convicción redobladas.

Nos encontramos aquí con unos postulados semejantes a los expuestos en el artículo anterior, en relación con el rendimiento: las condiciones de "objetividad", "amplitud" y "seguridad", a la que, en el caso presente, preferiremos llamar "uniformidad". "La objetividad" se re-